

Obituarios a destiempo Melancólica plegaria

Sealtiel Alatraste

19 de junio de 1921: *Muere Ramón López Velarde, asfixiado por la neumonía, en una casa de apartamentos de la Avenida Álvaro Obregón, entonces Avenida Jalisco, de la Ciudad de México.*

Primero había ido al teatro para después reunirse a cenar con un grupo de amigos. Es posible que haya bebido, no lo sabemos, pero de cualquier manera estaba eufórico. La obra que había visto, sus últimos poemas, el aroma que se respiraba en las calles, lo habían embriagado y no dejaba de hablar de su admirado Leopoldo Lugones, de los tiempos que se cernían sobre la patria, de Montaigne, en cuya lectura se había vuelto a embarcar. Al cabo de varias horas, sus amigos lo dejaron, literalmente, hablando solo, hacía un frío inesperado y era mejor que regresaran a sus casas. Él trató de retenerlos con poca fortuna. “Ve a casa, Ramón”, le dijeron, “y mañana seguimos conversando”.

Se despidieron en la puerta del restaurante, pero López Velarde no pudo resistir la tentación de prolongar la fiesta y decidió ir a dar una vuelta, una última vuelta por aquellas calles de las que estaba enamorado. Poco tiempo antes, una gitana había leído la mala fortuna en la palma de su mano, advirtiéndole que moriría de asfixia. Ramón fingió no creerla, sus creencias religiosas lo ponían a salvo de supercherías, y no se iba a dejar amedrentar por los vaticinios de una adivina. Retó al clima, retó a la mala fortuna, y encaminó sus pasos bajo el cielo estrellado. Recordó una frase de Lugones que, a pesar de su incondicionalidad, le parecía una metáfora detestable: *el cielo como biombo chino*. “Hasta al mejor cazador se le va una liebre”, pensó observando la constelación de Orión mientras se subía las solapas del saco y partía hacia ningún lado, o no: sin que lo supiera se dirigía hacia la muerte se-



Ramón López Velarde

ductora que se anunciaba en muchos de sus versos. *A fuerza de quererte me he convertido, amor, en alma en pena, y con el candor angelico de tu alma seré una sombra eterna*. Quizá sí, la imagen que proyectaba aquella noche postrera era la de un alma en pena, la de una sombra que tratando de desembarazarse de una maldición iba en pos de ella. Aseguró muchas veces que nunca temía los presagios, que su salud era inquebrantable, que el amor a las mujeres, el amor de Dios, iba a protegerlo para siempre. Ignoraba que los temores ocultos complotan con el azar para que se cumpla cada renglón de lo temido.

Es imposible descartar que la detestable metáfora de Lugones jugara su papel en aquella decisión incomprensible. Es evidente que la influencia del poeta rioplatense —en cuanto a la voluntad de evitar los lugares comunes, la utilización de un vocabulario hasta entonces considerado anti-poético, la adjetivación insólita, las metá-

foras inesperadas, los juegos de palabras, la predilección por los vocablos esdrújulos, y el uso humorístico de la rima— había ido filtrándose en sus últimos poemas. ¿Por qué no entonces suponer que si quería demostrar el error de una gitana, fue a esconderse tras el biombo chino de aquella noche amenazante? Acababa de cumplir treinta y tres años, en la gaveta de su escritorio estaba el manuscrito del poema que lo haría famoso, *La suave patria*, pero sus pulmones no iban a resistir la baja temperatura a que el testarudo Ramón López Velarde los sometía, y, agotados de tantas batallas, de tanto amar a mansalva, entraron en contacto con la fuerza de la leyenda para que se iniciara su agonía.

Según Vicente Quirarte:

Lo mató su amor por la ciudad, los cinco años que vivió en ella fueron los más intensos y felices de su relación amorosa con la capital. Se enfermó en una larga caminata nocturna. Que haya muerto a los treinta y tres es uno de los elementos que contribuyó a la construcción de su leyenda. Su obra sobrevive porque pudo combinar magistralmente la intensidad de sus pasiones con la intensidad literaria.

El certificado de defunción afirma que fue una bronconeumonía lo que causó su muerte, aunque se ha especulado que pudo ser una sífilis mal cuidada, y no el frío a destiempo al que se sometió, la enfermedad que realmente lo llevó a la tumba. Dejaba un libro inédito, *El son del corazón*, que no se publicaría hasta el muy lejano 1932, y un libro de prosa, *El minuterero*, que sería editado por sus deudos en 1923.

Ramón López Velarde había nacido en Jerez de García Salinas, municipio del estado



Ramón López Velarde y su familia

de Zacatecas, primero de los nueve hijos del abogado José Guadalupe López Velarde, originario de Jalisco, y Trinidad Berumen Llamas, de una familia de terratenientes locales. El padre, tras ejercer sin fortuna como abogado, había fundado un colegio católico en Jerez. En 1900, Ramón fue enviado al Seminario de Zacatecas, donde permaneció dos años, educándose en un catolicismo férreo y provinciano. Más tarde, debido a la mudanza de su familia, se trasladó al Seminario de Aguascalientes. En 1905 eligió abandonar su posible futuro como sacerdote, optando por la carrera de Leyes.

Durante los años del seminario pasaba sus vacaciones en Jerez. En esta época conoció a Josefa de los Ríos, pariente lejana y ocho años mayor que él, quien le causó una honda impresión. El primer poema que se conoce de López Velarde, fechado en 1905,

parece estar inspirado en ella, a la que luego dará en su obra el nombre de *Fuensanta*. Tal vez esa primera experiencia amorosa, o aun, lo que Freud llamaba complejo de Edipo, lo inclinaban a enamorarse de mujeres mayores, pues en 1916 inició una relación sentimental con Margarita Quijano, maestra culta y hermosa, diez años mayor que él, con quien sostuvo un amor más que breve, ya que ella lo terminó con él por “mandato divino”.

A pesar de su catolicismo militante, López Velarde apoyó las reformas políticas de Francisco I. Madero a quien conoció personalmente en 1910. En 1911 obtuvo el título de abogado y tomó posesión como juez de primera instancia en un pequeño pueblo del estado de San Luis, llamado Venado, pero dejó su cargo a finales del mismo año y viajó a la Ciudad de México,

pensando que Madero, nuevo presidente, le daría algún puesto de confianza, pero no ocurrió así.

En 1912, Eduardo J. Correa, antiguo protector suyo, lo llamó para colaborar en el diario católico *La Nación*. Velarde escribió poemas, reseñas y artículos políticos sobre la nueva situación de México. Abandonó el periódico poco antes de la sublevación del 9 de febrero de 1913, que llevaría al poder a Victoriano Huerta. Procuró entonces alejarse de los desórdenes trasladándose de nuevo a San Luis Potosí, donde puso un bufete. Allí comenzó a cortejar a María de Nevarres, a quien pretendería toda la vida aunque nunca llegaron a contraer matrimonio.

Mucho se ha especulado acerca de quién era, en realidad, la famosa Fuensanta. Lo más probable es que fuera un personaje delineado a partir de todos sus amores. En Ramón López Velarde el amor nunca fue llevado a término, pues prefirió poseer a la mujer ideal en pensamiento puro, en palabra ardorosa, prefirió ese tipo de relación idílica, platónica, que entablar una relación completa. “Posesión por pérdida” la califica José Emilio Pacheco: poseer a la mujer en imagen, perdiéndola para conservarla siempre: ideal, pura, perfecta, imanesible.

¿Quién podría dudar que durante aquella, su última caminata nocturna, mientras Ramón López Velarde presentía que ya no habría remedio, que efectivamente moría de asfixia, supo que había valido la pena, que más que las mujeres con las que (según él mismo lo decía) pecó, iba a ser esa otra, la mujer ideal, la que había modelado el son del corazón que estaba a punto de dejar de latir, la figura que perseguía desnudando su alma apasionada? *Me arrancaré, mujer, el imposible, amor de melancólica plegaria, y aunque se quede el alma solitaria, huirá la fe de mi pasión risible.* **U**

Mucho se ha especulado acerca de quién era, en realidad, la famosa Fuensanta. Lo más probable es que fuera un personaje delineado a partir de todos sus amores.